

ENTREVISTA

Josep Fontana Lazaro

Entrevista , introducción y notas a cargo de José G. Alén

Sección de Historia de la FIM

Introducción

Josep Fontana (Barcelona, 1931). Licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de Barcelona, reconoce entre sus maestros a Ferran Soldevila que despertó su interés por la historia; a Vicens Vives que lo introdujo en la historia económica y social y a Pierre Vilar con quien mantendría un contacto de colaboración permanente. Durante el curso 1956-57 fue assistant lecturer en la Universidad de Liverpool, donde se familiarizó con la historiografía marxista británica a través de «Past and Present» y otras publicaciones.

En 1957 se integró en el PSUC y fue un activo militante del Comité de intelectuales. Participó en la edición de *Quaderns de Cultura Catalana* (1959-1960) que se imprimía en un aparato de propaganda organizado por el mismo Fontana y publicó sus primeros trabajos en *Nous Horizons* bajo el pseudónimo de Ferrán Costa^[1]. Durante los primeros años sesenta, diversos acontecimientos lo colocaron públicamente frente a las autoridades políticas y académicas de la

dictadura. En 1962, en el contexto de la oleada huelguística que recorrió la geografía española firmó el manifiesto de 130 intelectuales catalanes para reclamar una política informativa real y denunciar la represión contra los obreros y estudiantes; participó en las protestas contra la ejecución de Julián Grimau en abril de 1963 por lo que fue detenido y



1.-Gaiame Pala, *Cultura clandestina. Los intelectuales del PSUC bajo el franquismo*, Colmares Historia, Granada, 2016 p. 43-108.

al final de ese año, protagonizó, junto con otros intelectuales, un sonoro enfrentamiento epistolar con el entonces Ministro de Información, Manuel Fraga. Fontana firmaba las cartas denunciando las torturas a los mineros y a sus mujeres, mientras Fraga justificaba la actuación policial y, aunque reconocía los malos tratos sobre Constantina Pérez y Anita Braña, restaba despectivamente importancia al hecho porque solo se trataba de un «corte de pelo a esas damas»^[2].

En ese tiempo, Fontana vivió los enfrentamientos entre la dirección del PSUC y el Comité de intelectuales y los debates acerca del Problema Nacional Catalán y la «Declaración Política de abril» (1967), cuando Carrillo propuso abrir la política de unidad democrática a posibles aliados procedentes de los sectores del Régimen que no compartían el inmovilismo de Carrero Blanco. La declaración fue duramente cuestionada por Fontana porque suponía «pactar con los asesinos de Julián Grimau». Durante esta confrontación con el responsable político, Antoni Gutiérrez, Sacristán criticó el autoritarismo del «Guti» por someter a Fontana a una persecución política^[3].

La actividad política de Fontana, también tendría consecuencias para su carrera académica. Vigilado por la Brigada de Investigación Político Social, era considerado un profesor «de matiz filo comunista»^[4] y, en 1966, en el contexto de la formación del Sindicato Democrático de Estudiantes, firmó un escrito contra el rector Francisco García Valdecasas por el que fue multado y expulsado de su plaza de profesor. Trabajó entonces en la sección de Historia de la Enciclopedia Larousse hasta que en 1968 volvió a la universidad como profesor ayudante de Jordi Nadal. Ese momento coincidió con la reactivación de la militancia de los intelectuales y Fontana volvería a frecuentar las páginas de *Nous Horitzonts* si bien, su independencia intelectual le ocasionaría incluso algún conflicto más con la dirección del PSUC^[5].

A comienzos de los años setenta intensificó su actividad historiográfica: participó en la creación de «Recerqués» con Garrabou, Termes y Lluç; presentó su tesis; se integró en el equipo editor de Ariel y en 1974 ganó por oposición la cátedra de Historia Económica de la Universidad de Valencia. En 1977 se trasladó a la universidad Autónoma de Barcelona y dirigió la colección de Historia de la Editorial Crítica desde la que fortaleció la presencia de la bibliografía marxista en los medios académicos españoles. También, su libro «La Historia», se convertiría en una referencia reconocida en los movimientos para la renovación didáctica de la Historia.

En 1991 accedió a la cátedra de Historia Contemporánea de la Universidad Pompeu Fabra donde finalizaría su etapa docente como profesor emérito. Hoy, Fontana reconoce que «los mejores años de mi militancia fueron posiblemente los primeros del posfranquismo, cuando el partido recogía la herencia del buen trabajo que había hecho en la clandestini-

2.-El manifiesto del 25 de mayo de 1962 y la reproducción facsímil de las firmas en Ignacio Fernández de Castro y José Martínez, *España Hoy*, Ruedo Ibérico, París, 1963, pp. 169-170; 329; 477-482. Le Monde publicaba las cartas el 3 de octubre de 1963 y la respuesta de Fraga en El Español, nº 52, 1963.

3.-Cartas de «Miro» y «Ricardo» (Sacristán). Sobre Luis (Gutiérrez Díaz)-Rosell (Fontana), 3/7/67 en AHPCE, Fondo PSUC caja 47 y 57, citadas por Giaime Pala, 2015, o.c., pp. 133-133.

4.- Informe de la Guardia Civil en expedientes personales, Gabinete de Enlace, Ministerio de Información y Turismo, Archivo General Administración, 42/ 08819.

5.-Una reseña de Ferran Costa (Fontana) sobre el libro de Gabriel Jackson, *La Guerra Civil*, fue criticada duramente por Teresa Pamies mientras Manuel Sacristán defendía el rigor del historiador y la libertad crítica de los intelectuales en Giaime Pala, 2016, o.c., pp. 98-100.

dad... Fue un tiempo en que todo parecía anunciar un futuro de democracia que al final no pudo llegar a ser...». Pero también fue cuando, decepcionado con la evolución política del PCE y PSUC, abandonó la militancia. Desde entonces se considera un militante sin partido que mantiene el mismo compromiso intelectual y social que ha guiado su vida y que hoy podemos percibir en entrevistas, artículos de prensa, conferencias o libros para continuar definiéndose como la «clase de ‘rojo’ que soy y espero no dejar de ser»^[6].

Fue catedrático de Historia Económica en la Universidad de Valencia y de Historia Contemporánea en la Autónoma de Barcelona y la Pompeu Fabra donde fundó y dirigió hasta su jubilación el Institut d'Història Jaume Vicens Vives. Reconocido como maestro de historiadores y premiado por diferentes instituciones de Cataluña, es Doctor Honoris Causa por universidades como la Nacional de Comahue (Argentina); la Rovira i Vigil de Tarragona, la de Valladolid, la de Girona y la Universidad de Valencia.

Desde sus primeros artículos en *Nous Horitzons* y su libro *La quiebra de la monarquía absoluta, 1814-1820* (1971), ha contribuido durante más de cuatro décadas, a la renovación de la forma de pensar, estudiar y enseñar la Historia con una ingente obra desgranada en multitud de revistas, obras colectivas y libros como *La historia* (1974); *Historia: análisis del pasado y proyecto social* (1982); *La historia después del fin de la Historia* (1992); *Introducción al estudio de la Historia* (1999) o la *Historia de los hombres* (2000-2005). Su labor como editor en Ariel y Crítica, facilitó la difusión en España de la historia que se hacía en Europa, lo que sin duda supuso una importante contribución a la renovación de nuestra historiografía. Otros títulos publicados son *Hacienda y Estado en la crisis de final del Antiguo régimen, 1823-1833* (1973); *La revolución liberal. Política y Hacienda 1833-1945* (1977); *De en medio del tiempo. La segunda restauración española 1823-1834* (2001); *La época del liberalismo* (2007). También prestó atención historiográfica al estudio del siglo XX y la crisis de comienzos del siglo XXI en libros como *Europa ante el espejo* (1994); *Por el bien del Imperio. Una historia del mundo desde 1945* (2011) o *El futuro es un país extraño* (2013). Sus últimos libros son *La formació d'una identitat* (2014) y *El siglo de la revolución. Una Historia del mundo desde 1914* (2017).

6.- Josep Fontana, *Por una sola vez*, *El Periódico*, 4 de junio, 2014

Entrevista

[J. G. Alén] Disponemos de algunas notas biográficas, que de manera fragmentada has ido desgranado en las múltiples entrevistas concedidas durante las dos últimas décadas y, aun siendo conocedor de tu escaso interés por la ego historia, me gustaría plantearte algunas preguntas de carácter biográfico y comenzar con una sobre tu relación con los libros y la Historia, ¿Cómo se

despierta en un niño, que vive en el contexto de miseria económica y cultural de la posguerra, el interés por la lectura y la pasión por los libros que se mantendría a lo largo de tu vida?; ¿estaba la historia entre tus primeras lecturas?

[J. Fontana] *La pasión por los libros surge, de manera natural, por el hecho de vivir en*

una librería, donde podía ver, escoger y hojear todo lo que me apetecía. Y mi padre la alienta al darme mis siete primeros libros, entre ellos uno admirable de Soldevila destinado a los niños, y animarme a hacer mi propia biblioteca. Pero a pesar de la presencia entre ellos del libro de Soldevila, no tenía por entonces un interés especial por la historia y he de decir que el tipo de enseñanza de la historia que recibí hasta el bachillerato, con horrores como la memorización de la supuesta lista de supuestos reyes godos, hubiera bastado para desalentarme.

Sabemos que estudias en los Escolapios y que fuiste expulsado del colegio, ¿por qué se produjo esa expulsión y donde finalizas el bachillerato?

Mi escasa disposición a prestarme a hacer la corte a los frailes provocó que uno de ellos, que nos pilló a mí y a un compañero bromeando en la capilla, nos echara de ella. La diferencia posterior residió en que mi compañero, que era hijo de un pastor analfabeto que se había enriquecido como dueño de unos cuantos burdeles, fuese a pedir perdón al fraile, porque temía la reacción que podía producirse en su casa si le echaban, y yo me negase a hacerlo. El séptimo curso lo hice como «libre» en una academia, donde una buena profesora me contagió el gusto por las matemáticas. Lo malo fue examinarse de séptimo como libre, ante un profesorado que te recibía como a un paria (una de las preguntas que me hizo mi examinador de filosofía fue: «Diferencias entre el pensamiento de san Gregorio Niseno y el de san Gregorio Nacianceno»). Me salvaron mis conocimientos de griego, que eran superiores a la media, y el examen de Formación del Espíritu Nacional en que la profesora, que era la secretaria del instituto, me preguntó algo así como «La religión y el imperio español» y ante mi entusiasmo nacional-católico no me dejase pasar de Feli-

pe II. Este último examen, en unos momentos en que me sentía desesperado por haber de luchar en aquel ambiente hostil, debió salvar mi calificación final. Estuve a punto, además, de desistir de presentarme al «examen de estado» que se hacía en la universidad. Cuando fui a comprobar la nota que había obtenido, me encontré con mi compañero de crisis en los Escolapios, que, al comprobar que estaba suspendido, me pidió que le acompañara a la casa del catedrático de filosofía de la Universidad de Barcelona al que había pagado para que le garantizase que aprobaría. Debo aclarar que me quedé fuera de la casa, esperándole.

Llegas a la Universidad algo mas tarde de lo habitual, a comienzos de los años cincuenta. ¿A qué se debe ese retraso?

En estos años de mi vida surge un hecho que la marcará por mucho tiempo: mi madre enfermó de esclerosis múltiple y mi padre necesitaba toda la ayuda que pudiera prestarle para gestionar su pequeño negocio, que por entonces se había convertido en uno de venta de restos de edición por correspondencia. Por eso no fui a la universidad en el primer año y si lo hice en el segundo fue porque, consciente de que no podía correr el riesgo de que en el servicio militar me enviasen a África, opté por la solución de las milicias universitarias, que me garantizaban que no estaría mucho tiempo lejos de casa. Que fuese posteriormente a Liverpool, regresando a casa en cada período de vacaciones y limitando mi estancia a uno de los dos años que hubiese podido durar, se debió al sacrificio que hizo mi padre, que me escribía cada día para contarme cómo iban las cosas en la casa y en el negocio.

En la Universidad de Barcelona se produce tu contacto con la Historia oficial que se enseñaba entonces. Dejando de lado la aportación de Vicens Vives, al que volveré-

mos más adelante, ¿Qué valoración haces de la docencia universitaria y de la Historia que predominaba en el primer lustro de los años cincuenta?. ¿Había muestras de desafección política como ocurría en Madrid y como se fue conformando tu conciencia progresista y antifranquista?

No quisiera hacer sangre con un profesorado de bajísima calidad, y prefiero recordar que encontré a excelentes profesores de literatura, como Vilanova, o de arte, como el entonces joven José Milicua. El gusto por la historia me vino en los cursos que seguía paralelamente con Ferran Soldevila en los clandestinos Estudis Universitaris Catalans.

El antifranquismo lo respiraba en casa, puesto que mi padre era de izquierdas, y estaba implícito en la opción de seguir estos cursos clandestinos de los Estudis Universitaris en los que, junto a Soldevila, conocí a otro maestro de gran categoría, como Jordi Rubió. Mis años de universidad, de 1951 a 1956, son de relativa calma en Barcelona; había acabado el período en que grupos falangistas agresivos practicaban el terror y no había empezado aún la etapa de agitación universitaria que culminó en 1962.

Después de tu estancia en Liverpool como «assistant lecturer» te integraste en el PSUC en 1957 ¿cómo se produjo tu entrada y quién te abre las puertas de esa militancia clandestina en el partido de los comunistas catalanes?

En unos momentos en que había vivido la experiencia de Liverpool y en que había conocido ya a Vilar a mi paso por París, mis decisiones las tomé por mí mismo. Me ayudó a encontrar el contacto con el PSUC un compañero de curso, Paco Rodón, pero el enlace se produjo sobre todo a través del psiquiatra Josep María Jaén, un tipo de una calidad intelectual y humana extraordinaria, que quedó

marginado y olvidado cuando la militancia se convirtió en una carrera. La entrada se confirmó en un viaje a París, donde conocí a Miguel Núñez, un tipo por el que he sentido estima toda mi vida, que aceptó sin protesta que le dijera que alguno de los libros que me habían dejado para que me formara, como una obra de Konstantinov, eran ladrillos sin interés alguno. Fue también entonces cuando tuve mi única entrevista con Carrillo, que me recomendó que siguiera el ejemplo de Claudín y antepusiera mis obligaciones políticas a mi trabajo profesional. Me cayó fatal y, por supuesto, decidí no hacerle caso, consciente de que era a través de mi trabajo que podía tener alguna influencia en la sociedad.

Mi primer grupo de trabajo, a mi regreso a Barcelona, fue el Comité de intelectuales, donde encontré inicialmente a Manolo Sacristán, Jaén, Vallverdú y algún otro que prefiero olvidar. Termes era todavía un estudiante y ni Vicens ni Solé Tura estaban ahí. Vicens se había exiliado, no recuerdo si Solé Tura también en este momento; en todo caso estos dos son personajes con los que tengo muy escaso contacto. De los «pájaros» del exterior que nos visitaban —este era el nombre que les dábamos— recuerdo a Ardiaca y, con un cariño especial, a Gregorio López Raimundo. Entre estos también había dos o tres personajes que prefiero no recordar, como el que pretendía convencerme de que toda la sabiduría del mundo estaba sintetizada en el manual de economía política de la Academia de Ciencias de la URSS.

En algunas entrevistas has mencionado el compromiso de aquel colectivo de intelectuales del PSUC que realizó un trabajo importante en el ámbito cultural y con los que viviste debates y situaciones políticas sobre las que, en mi opinión, convendría profundizar ¿Podrías apuntarnos alguna valoración sobre la crisis Claudín-Semprún y sus consecuencias en Cataluña; el debate

sobre la cuestión nacional catalana o la relación de los intelectuales con la dirección del PSUC?

Lamento defraudar tus expectativas pero, a diferencia de lo que le ocurrió a Sacristán, a quien su relación con el PCE le traumatizó, a mí me importaban muy poco las formulaciones políticas que venían de arriba, nacidas de un desconocimiento de la realidad que alimentaban las deformaciones voluntaristas de la información que se enviaba hacia arriba. Una huelga fracasada se convertía en un éxito parcial en el primer informe, que no quería caer en el derrotismo, y acababa jaleado como un gran triunfo en la prensa del partido. Viví con paciencia, y cumpliendo con mi aportación, unos planes inútiles, como la Jornada de Reconciliación Nacional de 1958 y, sobre todo, la Huelga Nacional Pacífica de 1959, que debía acabar con una huelga general que pondría en marcha un gobierno alternativo. En 1975, semanas antes de la muerte de Franco, Carrillo seguía sosteniendo que el franquismo acabaría a manos de las masas que se echarían a la calle. Cuando falló esta perspectiva, se dispuso a negociar con los herederos del régimen y se quedó tan tranquilo.

Mi única actuación en este terreno fue la discusión que mantuve con Gregorio (López Raimundo) oponiéndome al plan de hacer desaparecer el PSUC para convertirlo en un PC de Catalunya satelizado hasta en el nombre, como lo estaba en la gestión. Tampoco me puedes pedir que me tomase muy en serio la ruptura que condujo en el PSUC a la escisión de Bandera Roja, que acabaría cuando los escindidos regresaron al partido, pero entrando por arriba, en puestos de mando Y eso no es una crítica a Solé Tura, que nunca engañó a nadie, puesto que lo que deseaba era llegar a ministro y lo consiguió con el PSOE, pero que nunca le hizo una faena a nadie, cosa que no diría del Guti, por ejemplo, que era un enfer-

mo de promoción personal, como me lo confirmó, aparte de mi propia experiencia, lo que me contó Sacristán.

Para mí los años de militancia en el PSUC se centran sobre todo en la actuación efectuada hacia dentro de la sociedad catalana, que es lo que explica la fuerza con la que el partido llegó a la transición, plenamente implicado con las capas populares. Una de las ventajas que teníamos la gente del grupo de intelectuales era que actuábamos por nuestra propia iniciativa, sin hacer demasiado caso de las instrucciones «de la dirección».

*No era fácil hacer compatible la aparente apertura de la dirección en estas cuestiones —reconocimiento en los programas del PCE y del PSUC del derecho de autodeterminación, etc.— con la praxis, como lo había demostrado el caso Comorera. Pero debe quedar claro que, para nosotros, la lucha contra el franquismo era el objetivo central y que veíamos la recuperación de los derechos sociales y nacionales como algo que estaba naturalmente asociado. El comité de intelectuales tenía el catalán como lengua de trabajo y nunca hubo por ello problemas con Manuel Sacristán, que formaba parte de él. Había discrepancias, como la que se produjo en la redacción de *Nous Horitzons* respecto de las posturas simplistas de Solé Tura con su identificación de nacionalismo y burguesía, y tomábamos iniciativas por nuestra cuenta, como cuando decidimos continuar con la preparación de un Congreso de cultura catalana cuando la dirección nos dijo que lo dejáramos correr, etc. Pero nunca me resultó difícil hacer compatible mi militancia en el PSUC con mi condición de catalán^[1].*

Para finalizar con ese pasado de militancia, según tu propio testimonio, la Transición fue la etapa más feliz de tu vida

1.— Sobre estas cuestiones y la participación de Josep Fontana en ese comité véase Giaime Pala, *Cultura clandestina. los intelectuales del PSUC*, Barcelona, 2016.



Fontana, a la derecha de la imagen, durante una asamblea en la Universidad Autónoma, que estaba ocupada por los estudiantes, 1976 (Foto cedida por J. Fontana).

militante y también el final de esa experiencia. ¿Qué te llevó a abandonar el PSUC y qué balance haces de aquel compromiso?

Cuando llegamos a la transición, yo era consciente de que los objetivos que se planteaban en los programas del partido, por los cuales habíamos luchado en la clandestinidad, no podían alcanzarse de momento, pero esperaba, por lo menos, que mi partido siguiese luchando por ellos, en la medida de sus posibilidades. Cuando descubrí que eso se había acabado, que, al igual que sucedió con el PSOE, el PCE decidió que ahora las cosas eran distintas y que la política no se hacía ya en la calle, sino en el parlamento, me sentí estafado. El punto de ruptura se produjo el día en que Carrillo vino a dar un discurso a Barcelona, tras un congreso del PSUC al que yo asistía como invitado y nos explicó aquella fantasía de que los pactos de la Moncloa garantizaban grandes beneficios a la clase obrera y eran un camino hacia la conquista de una democracia social. Decidí entonces que ya no

me iban a tomar más el pelo y me marché a mi casa. Después he tratado de descifrar todo este asunto de los pactos y pienso que tengo ya una imagen clara de lo sucedido, de la que puede deducirse que ni la clase obrera ni la democracia social les importaban nada. Mi amigo Ernest Lluch, que sentía una gran consideración por Carrillo, me dejó entender que pensaba que había sacrificado deliberadamente el PCE para salvar la democracia. Era una de tantas cosas en que discrepábamos. Expresé mi frustración por las ilusiones perdidas en el prólogo a un libro de carteles y diseños, del que te he hecho una traducción al castellano, que te envío adjunto^[2].

Pasando a tu trabajo en el campo de la Historia, siempre has reconocido la influencia que ejercieron algunos historiadores sobre tu trabajo: Ferran Soldevila,

2.- Se refiere a Josep Fontana, *Un temps que podia ser i que no va a arribar a ser en Barcelona, una iconografia urbana de la Transició. La donació Villuendas+Gómez*, Barcelona, 2014.

Vicens Vives, Pierre Vilar... ¿Qué aspectos destacarías de esa influencia, tanto historiográficamente como por su actitud ante posibles «discípulos» como tú? y ¿en qué sentido tu relación con ellos pudo influir en la que has mantenido a lo largo de tu recorrido profesional con alumnos y discípulos?

A Soldevila le encuentro el mismo año en que ingreso en la universidad, cuando la enseñanza de la historia que había recibido hasta entonces era la lamentable del bachillerato o la no menos lamentable de un profesor de primer curso de Letras, de cuyo nombre me olvidaré por piedad. Me encuentro entonces, fuera de las aulas, con un historiador que ha regresado del exilio y que lucha por sobrevivir con una gran dignidad, que me enseña a leer un documento o una crónica, a reflexionar sobre ellos y a tratar de entender a los seres humanos a quienes estos textos se refieren. Y por primera vez le encuentro gusto al estudio de la historia^[3].

*A Vicens lo conocí en el último curso de la carrera, cuando ya había hecho camino por mi cuenta —ya estaba suscrito personalmente a *Annales*— y me costó poco entenderme con él, aun dejando claro que mi posición política era distinta a la suya —por más que no había ingresado aun en el PSUC— y que esto nos separaba. El hecho de que en el tiempo en que traté con él transcurrieran mi año de estancia en Liverpool y los meses de alférez de complemento en Mallorca dio lugar a que mantuviéramos una correspondencia que se publicó hace unos años (las cartas de él, naturalmente; de las mías me proporcionó fotocopias la familia, y las tengo por algún lado)^[4].*

3.—Véase Josep Fontana *El meu Ferran Soldevila*, en *Per conèixer Ferran Soldevila*, Publicacions L'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1994 y *Ferran Soldevila en su centenario* en *Catalònia Cultura*, 42, 1995.

4.—En Josep Clara et al., *Epistolari de Jaume Vicens Vives*, Cercle de Estudis Històrics, Girona, 1998.

De Vicens aprendí sobre todo dos cosas fundamentales, más importantes que los métodos y las teorías, que se pueden aprender en los libros. Aprendí que este de historiador es un oficio difícil, que exige mucho trabajo: un oficio en el que siempre somos aprendices y nunca llegamos a maestros (y el que crea lo contrario, y piense que ya domina el oficio, está perdido sin remedio). Lo segundo, y mucho más importante, que lo que hacemos no tiene sentido si le falta una dimensión cívica, una utilidad social. Su concepción de la utilidad del trabajo del investigador la formuló brevemente en una carta en que me decía: «Sigo pensando que hay algo más importante que la universidad, que es el país, y que más importante que la ciencia histórica es la universidad, pero que se puede servir al país a través de la ciencia histórica».

Vicens sabía que yo era un rojo incorregible, y con una tendencia habitual a la impertinencia; pero no sólo lo toleraba sino que en una de las cartas que me envió a Liverpool decía: «Amigo Fontana, continúeme escribiendo con frecuencia y expresándose con tanta sinceridad. Lo necesito; es un soplo de aire fresco en nuestros ambientes, muchas veces enrarecidos». Parece que me destinaba a los cursos de historia económica de la recién creada facultad de Económicas de Barcelona; pero su muerte en 1960, a los cincuenta años de edad, me dejó fuera del juego.

Conocí a Pierre Vilar en 1957. Le había explicado a Vicens la línea de trabajo que me proponía seguir y este me recomendó que escribiera a Vilar, indicándole que era alumno suyo, y que le pidiese consejo. Lo hice y recibí de él una larga y densa respuesta en que comenzaba tratándome de amigo, «como catalán y como discípulo de Vicens», me daba una extraordinaria lección de método histórico y acababa invitándome a visitarle cuando pasase por París. Vilar me decía en esta carta que la historia era para él algo muy serio, porque la concebía sobre todo como un instru-

mento para comprender el mundo y ayudar a cambiarlo: «Si no creyese a la ciencia histórica capaz de explicación y de evocación ante la desdicha humana y ante la grandeza humana (con la gran esperanza, en el trasfondo, de aliviar la una y ayudar a la otra), no pasaría mi vida entre cifras y papeles. Pero si fuésemos al encuentro del hombre con buenos sentimientos y una intención de literatura, esto añadiría a la inutilidad una pretensión hartamente antipática. No queremos una ciencia fría, pero queremos una ciencia»^[5].

De Vilar conservo cartas, pero las conversaciones con él, en Barcelona, en París, en Granada, en Italia, fueron mucho más importantes que las cartas. Lo más valioso que conservo de él son textos policopiados de sus cursos, que nunca se han publicado. En cuanto a las conversaciones, expliqué en una entrevista que «hablábamos de lo que pasaba por el mundo, no de libros ni del pasado. Por tanto, la idea de que éste era un oficio que servía para entender el mundo en que vives, la he tenido muy clara, y he intentado seguir manteniéndola. Entretener contando historias no merece la pena».

Ninguno de estos «maestros» quería seguidores, sino gente que pensase por su cuenta. Siempre he procurado que cada joven que me venía a proponer la dirección de una tesis escogiera un tema que respondiese a sus preocupaciones e intereses. De mis maestros aprendí a respetar su iniciativa y su independencia.

De quien guardo una preciosa correspondencia es de don Ramón Carande, de quien me gusta recordar su respuesta a un periodista que le pedía que resumiese la historia de España en dos palabras: «Demasiados retrocesos». Nunca me dio clases, pero sí buenos consejos, y lo considero también como uno de mis maestros. En tiempos en que muchos



Con uno de sus «maestros», el historiador Ramón Carande (Foto cedida por J. Fontana).

teníamos la ilusión de que la universidad podía cambiar el día en que mudase el régimen, Carande me decía, en una carta escrita desde Extremadura en julio de 1970: «Lo único claro, me parece, es que nada debemos esperar de la universidad, incluso si expulsase ¿cuándo? a los policías, mientras imperen los docentes actuales. En lugar de ¿nuevas? universidades, sin profesores, necesitamos muchos miles de escuelas y maestros. Únicamente cuando lleguen a discurrir los españoles, discurriendo harán que se conmuevan las estructuras más reacias, y barrerán a las que ya están putrefactas». Cambió el régimen y se pudo ver que don Ramón había acertado en sus vaticinios sobre la universidad. Por otra parte, no está claro que los españoles hayan llegado realmente a discurrir. Intentó conse-

5.- Carta citada por Pedro Ruiz Torres, *Laudatio*, Valencia 2016. El original en Atelier Pierre Vilar.

guirlo en su tiempo la Segunda República con su política de escuelas y maestros, y se organizó una Guerra Civil para impedirlo.

Hablando de maestros e influencias, en tus primeros libros está ya muy presente la historiografía británica: E.P. Thompson; Hobsbawm, Phillis Deane, G. Rude, además de Gramsci, A. Soboul o P. Vilar, lo que evidencia una temprana lectura de Past and Present y de las ediciones de Lawrence & Wishart. ¿Hasta qué punto la estancia en Liverpool como «assistant lecturer» y la posibilidad de leer en inglés, algo poco frecuente en la España de los años cincuenta y sesenta, te acercó a la historiografía británica y a tu gradual incorporación al marxismo?

Aunque suene lo mismo que «profesor ayudante», era un cargo con responsabilidades y con un buen sueldo, que me permitió comprar, además de libros, mis primeros discos... En Liverpool encontré una espléndida biblioteca universitaria en la que pasé muchas horas; pero a eso hay que añadir lo que significaba descubrir las librerías de Londres, las mejores que he visto en ningún lugar del mundo, donde había además una cadena de establecimientos izquierdistas, que fue el lugar en que descubrí, además de los libros, publicaciones como Marxism today y Our History de las que todavía conservo los ejemplares adquiridos hace sesenta años. Está claro que esto contribuyó a que, de regreso a Barcelona, buscase el contacto con el PSUC. Fue un viaje posterior a Italia, en un coloquio celebrado en Nápoles, el que me llevó a descubrir a Gramsci y, con él, la cultura que se difundía en torno a las grandes editoriales italianas influidas por la izquierda.

Al frente de las colecciones de Historia en Ariel y Crítica difundiste los trabajos de la amplia nómina que formaba el marxismo historiográfico europeo y con algunos de

aquellos historiadores mantuviste una relación especial ¿podrías decirnos quiénes te impactaron más y en qué sentido?

Una cosa son los libros, que son los que difunden las ideas, y otra los autores. Y en este caso se dan paradojas como la de la escasa influencia personal que sobre mí tuvo alguien como Hobsbawm, al que he tratado en diversas ocasiones, en contraste con Thompson, con quien solo hablé en sus dos viajes a Barcelona, en uno de los cuales le hicimos una entrevista que me impresionó vivamente. Mis amigos historiadores han sido muy diversos, y no siempre son los autores de mis libros preferidos. Dejando a un lado los españoles, que son muchos, mis amigos han sido gente como John Lynch, con quien no sólo compartí en Liverpool la misma residencia, sino «parties» que acababan en un elevado grado de intoxicación etílica, como Renato Zangheri, que fue alcalde de la Bolonia roja, como Bohumil Badura, un checo que en 1968 me enviaba una carta conmovedora sobre lo ocurrido en Praga y a quien pude acoger en diversas ocasiones en Barcelona, o como Manfred Kossok, de quien conservo textos impresionantes sobre la historia de la DDR. Junto a un gran número de latinoamericanos, comenzando por dos cubanos, Juan Pérez de la Riva y, por encima de todos, Manuel Moreno Friginals, autor de aquella obra maestra que es El ingenio, y rebelde inadaptado hasta el fin de sus días, a los que habría que añadir un buen número de argentinos, chilenos, ecuatorianos, colombianos... Amistades nacidas en muchos casos de la experiencia de conferencias y cursos en ciudades tan diversas como Quito, Ayacucho, Neuquén, Tunja, México o Valparaíso.

Como historiador comienzas centrandó tu atención en el siglo XIX y en cuestiones como la relación entre los cambios económicos y la quiebra del absolutismo; el estudio de la Hacienda pública o la des-

amortización para pasar a interesarte en el desarrollo histórico de siglo XX y ahora también en el XXI. ¿Qué es lo que determina ese salto temporal? ¿Fue un cambio historiográfico o la voluntad de estudiar un pasado más inmediato?

Comencé a trabajar en la España de comienzos del siglo XIX porque quería investigar el tránsito del Antiguo régimen al liberalismo. Enfrentarse a una época como la de Fernando VII me obligó a utilizar los materiales de la hacienda, porque eran los que ofrecían una cobertura más amplia y continuada, y porque me daban pistas importantes sobre las relaciones entre el gobierno y la sociedad. Pero que mi intención iba más allá lo demuestra el más trabajado de los libros que dediqué a esta época, De en medio del tiempo, donde el relato estaba plenamente imbricado en la historia europea de aquellos años. Mi intención era ir a parar a una visión de conjunto de la historia europea entre 1814 y 1848, entre la derrota de Napoleón y el Manifiesto comunista. Nunca abandoné este proyecto, del que tengo muchos materiales a medio elaborar. De hecho, una vez acabado el último libro sobre el siglo XX, empecé enseguida a retomar el viejo proyecto, y en ello estoy, aun siendo consciente de que es poco probable que me queden años suficientes para completarlo. Pero hay ideas nuevas que me atraen y que quisiera desarrollar, aunque solo sea para mi consumo.

A la historia del siglo XX me había dedicado como profesor en los cursos de la Universitat Pompeu Fabra, pero la necesidad de trabajar con más profundidad vino determinada por la voluntad de tratar de encontrar un sentido a la catástrofe de la segunda mitad del siglo XX, que era algo que me había tocado vivir personalmente, y de manera indirecta por las experiencias de amigos míos (tengo, por ejemplo, un buen archivo de papeles, periódicos y octavillas de París en mayo de

1968, enviados por amigos que lo vivieron). El problema es que terminé Por el bien del imperio cuando tan solo empezaban a sentirse los efectos de la crisis de 2008 y que el tiempo transcurrido desde entonces ha puesto en evidencia que estamos en el inicio de una nueva época, lo cual ha dado un nuevo sentido a lo ocurrido desde 1945. Pero una vez acabado este nuevo libro, y aunque sigo manteniendo abiertas las vías de información sobre lo que ocurre en el mundo, mi trabajo en este campo se va a reducir a articulillos ocasionales como los que publico en La Lamentable.

Apuntas en tu respuesta la intención de volver a la primera mitad del siglo XIX, ¿podemos entender que está ahí el foco de atención de tu próximo libro?

Una vez acabado el esfuerzo que me ha significado escribir El siglo de la revolución necesitaba mantener una disciplina de trabajo, aunque sólo fuera por razones de salud intelectual (la verdad es que trabajar en lo mío me divierte). Pero mis condiciones físicas actuales, que me impiden trabajar normalmente en las bibliotecas, me limitaban las posibilidades. De manera que opté por recuperar un trabajo en que tenía mucho preparado, partes ya escritas y en que conservaba en casa muchos de los libros, que no figuran entre los 35.000 que ya he dado a la biblioteca del Instituto de Historia de la Universitat Pompeu Fabra. Eso, que me ahorraba una primera fase de erudición, me animó a volver por este camino, aunque mi propósito actual es darle por completo la vuelta al viejo proyecto: explicar primero la historia de los reyes y los gobernantes y subvertirla después con la de los campesinos, los trabajadores de fábrica y, no lo olvidemos, la persistencia de la esclavitud en las plantaciones. Es un proyecto muy ambicioso, que requeriría unos años de los que no creo que disponga, pero lo que más me estimula es lo que aprendo yo mismo tra-

bajando, sin que me importe mucho si tendré o no capacidad de acabarlo.

La publicación del libro de Maurice Dobb *Studies in the Development of Capitalism* (1946) generó un debate historiográfico durante décadas, aunque llegó a España con cierto retraso, en 1967. En los últimos años el debate repunta, en algún caso teñido de un revisionismo que minimiza la conceptualización que viene de la diversa tradición marxista; descalifica el trabajo de Dobb y Sweezy porque no eran historiadores ni especialistas en el feudalismo, rechaza la importancia urbana e industrial y se sustituye a la burguesía por elites sociales como protagonistas del proceso revolucionario y de la transición al capitalismo. En los años setenta participaste de aquellas reflexiones y valorabas los planteamientos teóricos de Dobb porque servían para estimular a los historiadores a investigar los problemas que sugería y polemizabas con Bartolomé Clavero quien, ya entonces, «condenaba a la hoguera a Dobb, Hobsbawm o Lublinska» a propósito de las transiciones. ¿Cómo ves hoy aquel debate cuando se cumplieron 40 años de la muerte de Dobb?^[6]

El estímulo de Dobb fue muy importante para remover una teorización marxista anclada en formulaciones catequísticas. De su impulso nació un trabajo de renovación que tuvo como una de sus manifestaciones más importantes la publicación por Hobsbawm, en 1964, del fragmento de las Grundrisse de Marx dedicado a las formaciones precapitalistas, con una introducción provocadora en que sostenía que «la teoría del materialismo histórico requiere solamente la existencia de una sucesión de modos de producción, pero

6.-Josep Fontana, *Maurice Dobb y el problema de la transición del feudalismo al capitalismo* en «Investigaciones económicas» nº 4, 1977 y *Sobre revoluciones burguesas y autos de fe* en «Mientras tanto», nº 1, 1979.



Participando en el V Congreso de CCOO de Catalunya (Foto: Arxiu Històric de CCOO Catalunya).

no que hayan de ser uno u otro en particular, ni tal vez tampoco predeterminados en el orden de sucesión», lo que significaba una ruptura explícita con la interpretación canónica del estalinismo, que había empobrecido y codificado la teoría marxista de la historia^[7].

El debate con Clavero a que te referes — con quien, por cierto, me entiendo hoy muy bien y sin problema alguno— tenía que ver mucho menos con la historia que con el uso político que se hacía del concepto «revolución burguesa». Pero ha corrido mucha agua bajo los puentes en estos años y, con todo el respeto que merecen los viejos debates, debemos tomar en cuenta hoy lo mucho que ha apor-

7.-*Formaciones económicas precapitalistas*, publicado en España por Ciencia Nueva (1967), una vez que la censura eliminase algunos párrafos de la introducción de Eric Hobsbawm, véase en este número Francisco Rojas Claros, *Edición y censura: los libros de Marx y Engels durante el franquismo, 1966-1976*.

tado la investigación en estos años. El propio concepto de «transición», en la medida en que sugiere el paso de una etapa claramente definida a otra igualmente diferenciada, es posiblemente insuficiente para analizar los cambios que se han producido. Uno de los temas al que estoy ahora dando vueltas es el de la invención de la revolución burguesa, claramente ilustrado por la gran mentira que fue «La libertad guiando al pueblo», el cuadro que Delacroix pintó para celebrar la revolución de 1830, que no tenía nada que ver con lo que había sucedido en realidad (cuando de verdad pudo haber una revolución, en 1848, Delacroix se dedicó a pintar flores y paisajes).

Cuando se analiza de cerca lo que sucede en París en julio de 1830, donde la gran burguesía tuvo que intervenir para salvaguardar el orden social establecido, el cuadro de Delacroix aparece como una farsa. Pero esto, pese a las posibilidades de generalización que ofrece, no es más que un aspecto menor del proyecto.

Se conmemora el centenario de la revolución rusa y parece un buen momento para hacer un balance tanto historiográfico como político de un acontecimiento que cambió el mundo durante más de 70 años. Aparecen reediciones y nuevos trabajos sobre aquel proceso y de nuevo, como ocurrió con el bicentenario de la revolución francesa, nos inunda una marea revisionista que básicamente responsabiliza a aquella experiencia revolucionaria de gran parte de los males y horrores del siglo XX e incluso algunos reducen la revolución a la categoría de un simple golpe de estado. En tu último libro *El siglo de la revolución*, diferencias entre los primeros momentos del proceso revolucionario hasta 1928 y la posterior etapa estalinista. Sin embargo algunos historiadores sostienen que las causas de todos los errores estaban presentes en el mismo origen y en Lenin, ¿compartes ese análisis?

Es imposible que un acontecimiento que tuvo la trascendencia de la revolución rusa pase sin controversias, sobre todo si tenemos en cuenta que todavía sigue dando miedo. Ahí tienes el caso de El País, que el 28 de enero de 2017, en las páginas de Babelia, presentaba a Richard Pipes como «una de las máximas autoridades en estudios de historiografía soviética a escala mundial». Pipes, polaco de nacimiento, es un auténtico energúmeno que fue escogido en 1976 por G. H. W. Bush, cuando era jefe de la CIA, para presidir el «Team B», el equipo que inventó las más delirantes visiones de una URSS, entonces ya en plena decadencia, en las que sostenía que los rusos preparaban fantásticos planes para conquistar el mundo con armas secretas de un increíble poder. Si recurres a un experto como éste para valorar la revolución ¿qué es lo que estás buscando?

Preguntas si hubo un cambio de rumbo decisivo con el ascenso al poder de Stalin y su equipo. Pienso que sí. Pienso que existía la alternativa que planteaban Bujarin y los suyos de seguir un curso más lento sobre la base de la continuidad de la NEP, mientras comenzaban a aplicarse los planes de los equipos que estaban desarrollando los programas de planificación; una opción que hubiera evitado la violencia contra los campesinos que el propio Stalin inició personalmente en Siberia. Que esto era factible parece demostrarlo lo sucedido en China a partir de 1978, cuando Deng Xiaoping se opuso a que se repitiera la política de industrialización forzada con la que Mao había llevado el país al desastre e inició un plan que comenzaba con la mejora de la situación de los agricultores y la eliminación del hambre, lo que ha conducido finalmente a un extraordinario crecimiento económico.

Lo que me interesa es averiguar si el proyecto que significaba la continuidad de la NEP mientras proseguía el desarrollo a más largo plazo de los proyectos de planificación tenía

sentido, como proponía Bujarin. Stalin optó por la industrialización forzada, de acuerdo con un modelo que era posiblemente erróneo —por eso hice traducir, con escaso éxito, el libro de Loren Graham, El fantasma del ingeniero ejecutado. Por qué fracasó la industrialización soviética— y que exigió el uso de la violencia desde el primer momento (fue el propio Stalin el que la inició en Siberia). Un motivo para ahondar en esta reflexión es la comparación con lo sucedido en China desde 1978, cuando por iniciativa de Deng Xiaoping se rechazó volver al proyecto de industrialización forzada, que con Mao había llevado al desastre, y se inició un camino que podríamos llamar de inspiración bujarinista.

En un libro anterior *Por el bien del imperio*, trazas un minucioso repaso del mundo de nuestro tiempo y de la evolución del modelo resultante de la revolución rusa hasta su desaparición. La revolución parecía abrir la posibilidad de construir un modelo alternativo al liberalismo capitalista, pero esa esperanza, finalizó en un sonoro fracaso. Un punto de inflexión en la historia de la URSS fue la etapa que se abrió con la muerte de Stalin y el proceso de desestalinización iniciado con el XX Congreso del PCUS ¿Había realmente condiciones internas para que ese proceso fraguara después de los 30 años que Stalin se mantuvo en el poder? ¿Qué factores influyeron en el fracaso de la desestalinización que finalmente decantó la lucha interna que se llevó por delante a Jruschov?

La respuesta a esta pregunta requeriría una larga argumentación. En mi último libro la he sintetizado afirmando que los sucesores de Stalin «consiguieron salvar el estado soviético a costa de renunciar a la construcción de una sociedad socialista. La revolución que había nacido para eliminar la tiranía del estado acabó construyendo un estado opresor,

erigido, paradójicamente, para salvar la revolución». Los diarios de Chernyaev me sirven para ver desde dentro lo que sucede en un aparato gobernante que se limita a seguir una política de gran potencia^[8], donde el marxismo se ha convertido en una liturgia con la que los especialistas adornan las formulaciones de los políticos y en que un futuro ministro de cultura sostiene que es peligroso leer a Lenin porque da demasiadas cosas en que pensar. De hecho Jruschov fue el último a quien preocupó la transformación de la sociedad; sus sucesores fueron burócratas que se contentaban con sobrevivir.

En pocos años aquel modelo, que parecía tan sólido, se desmoronó sin grandes convulsiones. Gorbachov y una parte de sus colaboradores de los años ochenta fueron la primera generación que entraba en el PCUS al calor del XX Congreso. Los acontecimientos de Hungría y la evolución posterior marcaron los límites de la desestalinización y la rápida caída de Jruschov impidió la posibilidad de renovación intelectual y política de unos cuadros y dirigentes liberados de la práctica política estalinista. La Perestroika parecía pues el primer intento real de desestalinización de la sociedad y en su fracaso interviene tanto la oposición interna de los «halcones» soviéticos como los intereses de políticos oportunistas como Boris Yeltsin. ¿Qué factores pueden explicar su rápida desintegración política y la pasividad de los ciudadanos soviéticos ante el derrumbe del estado de los soviets?

Los factores que condujeron al hundimiento fueron complejos. Uno de ellos fue el coste insoportable de un imperio que vivía de las subvenciones directas e indirectas de la URSS. Otro, haber confiado en la buena fe de

8.—Los diarios de Chernyaev en National Security Archive, George Washington University

los norteamericanos con los que estaban pactando el fin de la guerra fría y que, con George H.W. Bush al frente, lo que realmente deseaban era hundir de una vez el estado soviético. Pero los mayores errores los cometieron en el interior. Si algo parece claro es que Gorbachov no estaba a la altura de la tarea y que fue incapaz de diseñar un plan de transformación de la economía, que hubiera debido aplicarse con un liderazgo enérgico y no con una simple propuesta de liberalización.

Hobsbawm, reconocía los horrores del estalinismo y el fracaso del «socialismo realmente existente» como alternativa al liberalismo capitalista, pero en la balanza de la valoración colocaba el papel de la URSS como contrapoder a los Estados Unidos en la escena política internacional y el peso que el modelo había ejercido sobre la gestión socialdemócrata en la creación y expansión del llamado estado del bienestar. ¿Podemos, como defienden algunos, mantener que no hubo nada aprovechable en aquella experiencia o por el contrario, como Hobsbawm defendía, hay que tener en cuenta su influencia en la vida de los ciudadanos rusos y también europeos?

Que el miedo al comunismo —a su posible expansión subversiva mucho más que al poder militar de la URSS— fue una de las causas del «reformismo de miedo» que condujo al auge de la socialdemocracia y a la aparición del estado de bienestar está claro. Pero es absurdo interpretar negativamente todo lo que el «socialismo realmente existente» proporcionó a los rusos; basta con advertir que su súbita desaparición produjo una catástrofe: de 1989 a 1998 el PNB se redujo a la mitad, el consumo de carne disminuyó en un 23 por ciento, los hospitales se quedaron sin recursos, la esperanza de vida de los hombres cayó de 64 a 58 años y la población disminuyó en tres millones de habitantes. Examinar lo su-



Con Eric Hobsbawm, durante la presentación de las memorias de éste en Madrid (Foto cedida por J. Fontana).

cedido en «el imperio» necesitaría un análisis más complejo. Para comenzar te recomendaría un libro, que habla precisamente de la trágica historia del hermano de Thompson^[9].

En otro de tus últimos libros *El futuro es un país extraño* nos sitúas ante la crisis económica con sus secuelas de crecimiento de la desigualdad, la pérdida de derechos y el lento desvanecimiento del estado del bienestar, en una fase en la que el capital muestra una voracidad sin límites que sugiere un futuro complejo, plagado de dificultades para la gente, con miles de refugiados que invaden

9.—Se refiere a Kristen Ghodsee, *The left side of history. World War II and the unfulfilled promise of communism in Eastern Europe*, Duke University Press, 2015.

en pateras el «paraíso europeo» y con perspectivas de transformación muy lejanas. ¿Hacia dónde caminamos?. ¿Es posible en este contexto un proceso revolucionario de características similares al que se desarrolló en la Rusia de comienzos del siglo XX?

La función del historiador no es anticipar el futuro, eso forma parte del repertorio profesional de economistas y políticos, sino la de tratar de explicar el presente a la luz de la evolución que lo ha configurado. Y en este presente hay unos problemas que no podemos pasar por alto: en los países desarrollados hay una situación de estancamiento económico que los economistas aseguran que va a durar largamente y hay una desigualdad creciente que todo el mundo reconoce, y que se supone que representa un riesgo de fractura social, sin que nadie proponga remedios serios que puedan frenarlo (Alex Nunn y Paul White han denunciado la hipocresía del Fondo Monetario Internacional que hace declaraciones contra la desigualdad y promueve políticas que la favorecen)^[10]. Lo cual ha provocado, como consecuencia, la pérdida de confianza en el sistema existente de una democracia parlamentaria en que unas élites, organizadas en dos partidos —más o menos conservador y socialdemócrata, pero con el mismo programa económico— se van alternando en el gobierno. Con el agravante de que esto que se ha dado en llamar «populismo» no tiene hoy una alternativa creíble de izquierdas, sino tan solo la de una derecha «nacionalista» que carece de soluciones para atender estas demandas (no confundamos esto con el fascismo, que se presentaba como una promesa de revolución).

Y, suponiendo que consiguiéramos resolver el problema en las sociedades desarrolladas, seguiría quedando el mucho mayor de la po-

breza en el mundo. Ahí está el caso de África, a la que el cambio climático está afectando gravemente, que seguimos saqueando despiadadamente y que crece demográficamente de manera explosiva. Se prevé que Nigeria va a tener en 2100 un total de 752 millones de habitantes, que su territorio no parece que pueda alimentar, cuando toda Europa no pasará de los 646 millones. Lo que ahora nos llega a través del Mediterráneo no es más que un anticipo del futuro. Salvo que haya una transformación radical en nuestra organización social, las previsiones deberían apuntar a largo término a una repetición de las grandes invasiones del pasado. ¿Puede surgir una revolución? Las revoluciones solo triunfan cuando surgen donde y cuando el orden establecido no las espera y no está preparado para reprimirlas. En febrero de 1917 el zar, que había marchado hacia el frente, se limitó a ordenar a la policía que liquidase de inmediato los alborotos; no debía temer nada, dado que los jefes de los partidos revolucionarios estaban o en el exilio o en Siberia. No sabemos dónde o cuándo puede iniciarse una revolución, porque es imposible preverla.

La crisis económica financiera también se ha utilizado para desarticular la negociación colectiva, vía reformas laborales que impusieron una pérdida de derechos; el avance de la precariedad y una sensible disminución de los salarios. Ante esa realidad los ciudadanos parecen desarmados con las organizaciones sindicales sin recursos de movilización social. ¿Qué ha ocurrido para llegar a esa situación? ¿Es posible recuperar la capacidad de presión de unas organizaciones sindicales desideologizadas y despolitizadas o es necesario comenzar de nuevo con la mirada en el pasado, por ejemplo en el espíritu de la 1ª Internacional?

La operación de debilitación de los sindicatos se organizó en Estados Unidos y en

10.—Alex Nunn y Paul White, *The IMF and a new global politics of inequality?* en «Journal of Australian Political Economy» n° 78, 2016/17.

Gran Bretaña en los tiempos de Reagan y de la señora Thatcher (en Estados Unidos el nivel de afiliación a los sindicatos en las empresas privadas es en la actualidad de poco más del 6 por ciento). La Europa continental, donde la tradición de asociación obrera era más sólida, aguantó más; pero las políticas de austeridad que surgieron tras la crisis de 2008 permitieron dismantelarlos con las reformas laborales, que seguramente los encontraron ya debilitados. El problema es que la progresiva destrucción de los sindicatos ha permitido que se modifiquen en la realidad las formas de trabajo, que van en camino de lo que se llama la «gig economy», la contratación de trabajadores autónomos para hacer trabajos concretos [11]. El New York Times publicaba el 23 de febrero de 2017 un trabajo con el título de «The jobs Americans do», con una serie de entrevistas con trabajadores, precedida de un texto donde se comenta la decadencia de «la vieja clase obrera» y se afirma que la nueva faz del trabajo no son ya las masas de obreros ante las fábricas sino que ahora a los trabajadores se les paga no por hacer cosas sino por prestar servicios, como cuidar de los niños o de los viejos o limpiar la casa de otra familia. Hay que tener clara una cosa: la ofensiva del capitalismo depredador contra las viejas formas de organización obrera acabó con su victoria, y es absurdo pensar que se pueden volver a librar las batallas perdidas con las mismas armas. Al enemigo que te ha vencido le debes oponer nuevas formas de combate que no sepa todavía cómo contrarrestar. Tengo más esperanzas puestas en el activismo que nace de abajo, reaccionando a problemas concretos, que en las prédicas que repiten viejas estrategias. Es posible que la nueva Internacional salga de organizaciones como «Vía campesina» y que entre nosotros, en este «mundo desarrollado» en decadencia,

tal vez haya más esperanza en los movimientos sociales que en los partidos tradicionales. El futuro hay que inventarlo todavía.

Afirmas, en tu respuesta que «es absurdo pensar que se pueden volver a librar las batallas perdidas con las mismas armas. Al enemigo que te ha vencido le debes oponer nuevas formas de combate...» ¿No será que también las organizaciones sindicales y políticas entregaron o perdieron sus armas en el camino o no las utilizaron convenientemente y no acertaron con la estrategia en esas batallas perdidas?. ¿Es realmente posible inventar ese futuro de movilización social y encontrar nuevas formas de organización sin mirar críticamente los errores cometidos y sin recoger las ideas y la experiencia de lucha e incluso lo útil de sus formas organizativas que, en confluencia con lo nuevo, puedan funcionar como instrumentos de lucha?

Me parece evidente que hay que mirar críticamente el pasado para aprender, pero lo primero que advertimos entonces es que no se puede repetir. Entre otras razones, porque cuando el orden establecido ha aprendido la lección, no permite repeticiones. Me gusta poner como ejemplo el triunfo del castrismo en Cuba; pilló por sorpresa a los norteamericanos, que lo habrían podido aplastar. Pero, una vez aprendida la lección, fue imposible repetir otro triunfo semejante en América Latina, como lo experimentó Guevara en Bolivia en 1967. Acabo de leer un trabajo de Barbara Ehrenreich que sostiene que, ante los cambios que han sufrido las formas de trabajo, hay que encontrar nuevas formas de organizarse en defensa de los derechos de los trabajadores^[12]. Hay que ser consciente de la magnitud de los cambios a que nos enfrentamos. El

11.- Véase Josep Fontana, *Gig Economic* en «La Lamentable», junio, 2016.

12.- Barbara Ehrenreich, *Living with a Wild God? A nonbeliever's Search for the Truth about Everything*, Twelve, 2014.



En la librería Crisol (Barcelona) en 1995, durante la presentación de un libro sobre la revista *Triunfo*, junto a Teresa Pamies, José Ángel Ezcurra y Manuel Vázquez Montalbán, entre otros. (Foto cedida por J. Fontana).

23 de febrero pasado The New York Times publicaba un largo artículo sobre «The Jobs Americans do» que comenzaba con este escalofriante párrafo:

«Forget the images of men in hardhats standing before factory gates, of men with coal-blackened faces, of men perched high above New York City on steel beams. The emerging face of the American working class is a hispanic woman who has never set foot on a factory floor. That's not the kind of work much of the working class does anymore. Instead of making things, they are more often paid to serve people: to care for someone else's children or someone else's parents; to clean another family's home»^[13].

13.- Olviden las imágenes de hombres con cascos de seguridad ante las verjas de las fábricas, de hombres con las caras ennegrecidas por el carbón, de hombres encaramados en lo alto de vigas de acero sobre la ciudad de Nueva York. El rostro emergente de la clase trabajadora americana es el de una mujer hispana que nunca ha puesto un pie en la fábrica.

Tus observaciones sobre los sindicatos me llevan a reflexiones demasiado complejas como para exponerlas con brevedad. Limitándome a los sindicatos europeos de filiación comunista, está claro que sus estrategias estaban condicionadas por las de los partidos comunistas, que desde 1945 habían recibido instrucciones de Stalin de no embarcarse en intentos revolucionarios. Los partidos comunistas europeos eran ahora semejantes a los socialdemócratas de 1914: organizaciones de una praxis reformista que encubrían con retórica revolucionaria. Podría justificárselos con el argumento de que no tenía sentido que se lanzasen a enfrentamientos que no podían ganar; pero pienso que su acomodación fue más lejos. Entre diversos ejemplos que podría citar me limitaré al de los Pactos de la Mon-

Ese ya no es el tipo de trabajo que gran parte de la clase trabajadora hace ahora. En lugar de fabricar cosas, con más frecuencia se les paga por servir a otros: por cuidar de los niños de alguien o por los padres de alguien; por limpiar la casa de otro

cloa de octubre de 1977. Podría considerarse justificado que Carrillo aceptase acabar con la combatividad que Comisiones Obreras había demostrado en los últimos años; pero hay algo que no tiene perdón: que Carrillo y los suyos se olvidasen de reclamar el cumplimiento de las concesiones favorables que el gobierno de UCD había hecho en los pactos demuestra que lo único que les importaba era su propia promoción en el nuevo juego político de la transición.

Y en cuanto a la situación actual: entre los artículos que publica hoy sinPermiso hay uno terrible de Heiner Faessbeck que denuncia cómo los sindicatos alemanes hacen el juego de los empresarios contra los trabajadores y presionan además sobre los sindicalistas en Bruselas en el mismo sentido^[14].

Los mecanismos políticos que hicieron posible el estado del bienestar —el apoyo a la capacidad negociadora de los sindicatos y una fiscalidad exigente que permitía financiar los servicios sociales— se perdieron porque la socialdemocracia se vendió a una política de pactos que le era beneficiosa y cedió a las exigencias del poder económico. Una vez desmantelado el sistema parece imposible recomponerlo. Las estadísticas de huelgas de Estados Unidos y del Reino Unido demuestran hoy la impotencia de los sindicatos, y la evasión de los impuestos por parte de las grandes empresas es un testimonio de un triunfo que se ha alcanzado porque, como dicen Hacker y Pierson «la clase política e intelectual encontró que le resultaba personalmente provechoso facilitarlo o mirar para otro lado»^[15].

Ante el paisaje que deja la crisis en España, la intelectualidad y los historiadores

entre ellos no parecen, salvo excepciones, implicados en la realidad que vemos a diario, mientras en Iberoamérica o en el mundo anglosajón existen muestras de un mayor compromiso con los movimientos sociales, sirva como ejemplo el colectivo *Historians Against War* que viene haciéndolo en Estados Unidos desde la guerra de Irak y que en el 2011 apoyó el movimiento Occupy Wall Street. Entre nosotros, incluso cualquier posición crítica con el pensamiento dominante, es tergiversada como tú mismo has podido comprobar después de participar en unas jornadas en Cataluña y con tu libro *La formació d'una identitat*. Entonces se utilizó tu antigua militancia en el PSUC para descalificar tu posición política acusándote de saltar de un pasado estalinista y jacobino al nacionalismo radical. ¿Qué ha ocurrido para llegar a esta situación de desarme intelectual y para descender a este nivel de debate?

Es una pregunta que no puedo contestar, porque siempre he tratado de vivir fuera de eso que se llama «la intelectualidad». Pero conozco muchas voces independientes que libran combates contra corriente. Entre nosotros, por ejemplo, los que reivindican la Segunda República y la Guerra Civil contra el predominio de un revisionismo alentado desde arriba y jaleado por los medios «liberales». Yo os podría citar bastantes historias personales de gente que han aceptado «no hacer carrera» para conservar el derecho a seguir diciendo verdades incómodas. Tal vez no se les ha hecho el caso que merecían.

Este caso es distinto y necesita algunas precisiones. Cuando acepté participar en un ciclo sobre el tercer centenario de la derrota en la guerra de Sucesión, nadie me dijo que iban a darle un título, «España contra Cataluña», que no solo era una provocación innecesaria, sino que era bien contrario a lo que muchos sostenemos, que es que quienes pelearon en

14.—Heiner Faessbeck, *Los salarios alemanes, la eurocrisis y la suicida incompetencia económica del presente sindicalismo europeo*, Sinpermiso, marzo 2017.

15.—Jacob J. Hacker & Paul Pierson, *Winner-Take-All politics: How Washington Made The Rich Richer and Turned its back on the middle Class*, Simon & Shuster, 2011.

esta guerra hasta 1714 era precisamente los que querían construir una nación española en que pudiesen convivir y prosperar. En la monarquía española «nacional» fue una denominación subversiva hasta más o menos 1835, y sobre lo que se construyó después habría mucho que discutir. En cuanto a La formació d'una identitat la escribí para lectores de cultura catalana por razones que creía, y sigo creyendo, que lo hacían oportuno. Y me negué a alguna oferta de traducirlo al castellano porque a un lector de otras latitudes culturales, que ha recibido una educación determinada en la escuela y vive en un contexto de patriotismo oficial, tenía que ofrecerle una visión comparada —tenía que explicarle, por ejemplo, la diferencia que había entre las cortes catalanas y las de Castilla, que no tenían una diputación permanente y no controlaban directamente la recaudación de los impuestos y la gestión de la deuda pública. Y no me sentía con fuerzas para meterme en esta batalla. Después he rehuido el debate con mis críticos por una razón esencial: ninguno de ellos se ha molestado en leer previamente el caudal de bibliografía que he empleado; casi ninguno ha leído Cataluña en la España moderna de Vilar que es un libro del que partimos todos nosotros. ¿Qué vas a hacer? ¿Dedicarte a ir combatiendo tópicos que se asientan más en la fe que en la razón (soy un lector entusiasta de George Lakoff)? En cuanto a mi conversión al nacionalismo resulta tan ridícula que no merece la pena replicar: en 1957 me afilié a un partido, el PSUC, que reconocía en sus estatutos el derecho de autodeterminación (como lo reconocía el PCE y el PSOE cuando andaba de juntas antes de aceptar el pacto de la Transición). ¿Que todo esto me hace molesto y me evita ser bien aceptado por «la intelectualidad orgánica»? Me parece muy bien; es un precio que acepto sin quejarme, porque yo mismo me lo he buscado.

Hace más de 30 años finalizabas tu in-

tervención en unas jornadas en la FIM, señalando que no se había agotado la capacidad de renovación del marxismo y que «ese capítulo de la historia de la historia no era un capítulo en modo alguno cerrado». Posteriormente, el «fin de la historia» y el triunfo definitivo del liberalismo capitalista que nos auguraba un mundo feliz, provocaba una desbandada de intelectuales e historiadores hacia espacios culturales más cálidos, mientras rechazabas las recetas posmodernas y mantenías que, en la obra madura de Marx y en la tradición de pensamiento marxista, había aun herramientas teóricas útiles para seguir estudiando el pasado y entender el mundo^[16]. ¿Estamos hoy definitivamente instalados en la posmodernidad y debe desaparecer todo rastro teórico del marxismo?

Vamos por partes. Que yo sepa no hay ningún canon historiográfico establecido por Marx, sino una variedad de tendencias y corrientes, como traté de explicar en una conferencia en la FIM, a fines de 2014^[17]. Si hablamos de Hobsbawm, de Thompson, de Ranahit Guha, de Chris Wickham o de McCormick, hablamos de métodos y visiones distintos, pero que tienen en común la voluntad de aportar una mirada crítica al saber académico construido para legitimar el orden establecido y la conciencia del significado de las contradicciones de clase en la historia. No veo por qué habría de caducar un enfoque semejante. En estos momentos, por ejemplo, uno de los grandes problemas a los que hemos de enfrentarnos es el del aumento desbocado de la desigualdad. Frente a él los historiadores pueden dar respuestas acomodaticias, que son las que el orden establecido

16.- Josep Fontana, *Historia: El grupo de «Past and Present»*. Christopher Hill, V. Gordon Childe, etc. FIM, 1988 y *La Historia después del fin de la Historia*, Crítica, 1992.

17.- Josep Fontana, *Para una historia de la historia marxista*, 2014.

patrocina, o bucear críticamente en la génesis y evolución de un proceso que ha dado lugar a que uno de los hombres más ricos del mundo sostenga: «la guerra de clases existe, y la ha ganado mi clase, la de los ricos». Una afirmación que nos mantiene en un terreno apto para una reflexión de inspiración marxiana. Sin olvidar las perspectivas renovadoras que ofrecen debates como los que se desarrollan en torno a temas como los de la grande y la pequeña divergencias, que proyectan la atención a un escenario mundial, la revisión de los mitos sobre la revolución industrial, las perspectivas que ofrece el estudio de la evolución antropométrica, etc. A lo que no hay que prestar demasiada atención es a las modas metodológicas académicas, que se consumen tras haber proporcionado mucha retórica y pocas aportaciones. ¿Quién se acuerda ahora de modas como la de las «mentalidades», el postcolonialismo, etc. que fenecieron sin dejar nada que merezca la pena recordar?

Hoy se están librando combates por la memoria y has escrito que el trabajo del historiador tiene sentido si contribuye a entender el mundo y encontrar soluciones a los problemas de la gente. Esas ideas estaban presentes entre los historiadores pero hoy parecen replegados en los cuarteles de invierno y escriben para la «tribu» como has señalado en alguna ocasión. Ese repliegue ha facilitado el auge de un revisionismo historiográfico que centra en la II República la responsabilidad de la Guerra Civil y minimiza la importancia de la represión franquista, mientras periodistas, publicistas o historiadores universitarios monopolizan los medios de comunicación e inundan con sus libros los estantes de las librerías para proyectar sobre la sociedad una determinada memoria que tergiversa la realidad histórica. Ante esa ofensiva, los historiadores no han dado una respuesta colectiva para contrarrestar esos revisionismos distorsio-



Durante las jornadas «Historiografía, marxismo y compromiso político en España», organizadas por la Sección de Historia de la FIM en noviembre de 2014 (Foto: FIM).

nadores y solo algunos responden con sus trabajos pero sin capacidad para ampliar sus lectores y sin influencia en los medios de comunicación. ¿Qué ha pasado desde la Transición para llegar a esta situación de desarme social de los historiadores?

Que no haya en estos momentos un clima de euforia colectiva como el de la transición, alimentado por las esperanzas que daba la salida del franquismo, que sirvieron para que nos engañásemos acerca de la naturaleza real de los cambios que se estaban produciendo, es natural. Como lo es que no haya euforia en un mundo marcado por el estancamiento económico y el reparto desigual. Pero el panorama pesimista que montas sobre esto me parece exagerado. No ha disminuido el interés del lector educado, que es el único que lee libros, por la historia, como revelan las cifras de edición, y no estoy tan seguro de que la batalla por la memoria de la República y la Gue-

rra Civil la esté ganando un revisionismo que tiene poco crédito científico —las últimas intentonas de Stanley Payne, por ejemplo, han acabado en un fracaso. Y si tal vez es verdad que cuentan con el apoyo de la prensa escrita, el peso que esta tenía en la formación de opinión en los viejos tiempos tiene poco que ver con el que ejerce en su decadencia actual.

Entiendes que dibujo una situación muy pesimista, pero las cifras reales de edición (entre 2.000 y 5.000 ejemplares como mucho) y las ventas de libros de la calidad científica que apuntas son pequeñísimas, no pasan de unos cientos de ejemplares o un par de miles en los mejores casos, tú eres una excepción entre los historiadores. La batalla no está sólo en la calidad sino, sobre todo, en la capacidad para penetrar en la sociedad y ganar espacio social en la lucha ideológica. Es la clientela del PP y del resto de las derechas que pululan por nuestra geografía la que consume esa literatura. Los libros que no llegan a sus destinatarios pierden su utilidad social y de poco vale que se lean dentro de la cofradía de historiadores o que académicamente fracasen «la últimas intentonas de Staley Payne» y adláteres porque ellos no juegan ese partido ni en ese campo. Sus objetivos no están tanto en el ámbito académico sino en difundir otra historia y construir otra memoria. Las numerosas reediciones de sus libros también explican hasta qué punto esa visión contribuye a mantener la cohesión ideológica de una clientela conservadora movilizadora para proyectarla electoralmente. De ahí mis preguntas ¿Qué historia tenemos que hacer y para qué? y ¿cómo podemos ganar espacio cultural y social para contrarrestar las visiones revisionistas de la historia?

Pienso que hay que tratar siempre de acercarnos a formas de trabajo que estimu-

len a quien te lea a «pensar históricamente», a entrenarse en un método de reflexión que le ayude a entender mejor los problemas de su tiempo y de su entorno. Esto plantea varios problemas. Hoy me escribía un profesor de instituto que es un excelente historiador y un buen escritor, a quien le preocupa cómo se puede llegar a muchachos como los de sus clases que nunca leerán un libro por su propio gusto. Él pensaba en los recursos que ofrece una buena narración. Algo puede haber de esto en casos como el suyo, que es el de alguien dotado para narrar.

En términos más generales, debemos aprender a escapar del error de pensar que la posesión de la verdad razonada nos da una fuerza de convicción invencible. George Lakoff nos recuerda que una gran parte de lo que pensamos no procede del razonamiento, sino de prejuicios, sentimientos y convicciones, y que suele ser un error de los políticos de izquierda acudir a pedir el voto con la fuerza de la razón, cuando la derecha utiliza sobre todo la apelación a los sentimientos. Una expresión suya puede aclarar lo que digo: «Remember that voters vote their identity and their values, which need not coincide with their self-interest»^[18]. Investigar es importante, pero comunicar lo es igualmente, o más. El de historiador no es un oficio fácil.

Volviendo al escenario incierto que dibujabas en *El futuro es un país extraño*, la victoria electoral de Donald Trump, ha despertado la alarma en sectores intelectuales que perciben un grave peligro en sus declaraciones y primeras medidas. Ven en Trump el retorno a fantasmas del pasado y síntomas de un nuevo fascismo que puede alterar la estabilidad internacional. En tus

18.- «Recuerden que los votantes votan su identidad y sus valores, lo cual no tiene porque coincidir con su propio interés personal», George Lakoff, *Don't Think of an Elephant know your values and frame The Debate*, Chelsea Green Publishing, 2004.

trabajos muestras una atención especial a todo lo que se cuece en los Estados Unidos ¿Coincides con las voces de esos intelectuales, también norteamericanos o son excesivamente alarmistas al identificarlo con el fascismo?; ¿Qué posibilitó su triunfo electoral?

La elección de Trump es un síntoma más del desgaste de un sistema de democracia parlamentaria dominado por unas élites que, estratégicamente divididas en un ala derecha y otra izquierda, unidas en la aceptación de una misma política económica, han acabado cansando a un electorado que se ha dado cuenta de que no se ocupan de sus problemas. El 10 de noviembre de 2016 Markus F. Robinson escribía a una publicación norteamericana progresista: «Estimados amigos americanos. Vivo en una región de Pennsylvania que votó decididamente por Donald Trump. Son mis vecinos y mis amigos. Están indignados porque se sienten traicionados por TODAS las élites políticas de este país (...) Por eso dieron apoyo a un hombre que prometía «limpiar el pantano» de Washington. Mis vecinos y mis amigos no son el enemigo. Ya es hora de que las élites políticas de la derecha y de la izquierda les presten alguna atención».

Eso en cuanto a las causas de su elección. Sobre las consecuencias que puede tener estamos todavía en la incertidumbre. Está por un lado Steve Bannon, el Lenin católico de esta contrarrevolución, que anuncia, entre otros grandes cambios, la «deconstrucción del estado administrativo»; por otro, la incierta relación de Trump con el «deep state» dominado por la «comunidad de los servicios de inteligencia» y el Pentágono. Lo que puede surgir de esta confusión es imprevisible^[19].

Hace unos años, como consecuencia de

la crisis económica surgió en la sociedad un movimiento social de protesta que identificamos con las movilizaciones del 15 M. De ahí emergió un nuevo partido que prometía hacer saltar por los aires lo que parecía inmutable la «vieja» hegemonía política electoral del turnismo instalado en estos cuarenta años. Sin embargo, ante la crítica interna y la discrepancia, muestran vicios y pautas de comportamiento alarmantes por la similitud a lo ya vivido tanto en el PSOE como en el campo de la tradición del PCE/IU. Como observador minucioso de la realidad actual ¿cómo ves la deriva de un movimiento que en principio contó con el apoyo de una parte del sector crítico del país?

Los movimientos de protesta de «occupy»-indignados, surgidos de la lógica desesperanza de los jóvenes, no trascendieron nunca más allá. Mientras los jóvenes protestaban en la Puerta del Sol sus padres seguían votando al PP. En cuanto a la acomodación de nuestros partidos de izquierda, la realidad es que comenzó mucho antes de lo que se suele pensar. Según cuenta Juan M^a de Peñaranda, el 23 de octubre de 1976 se reunieron en Madrid, en una suite del hotel Princesa-Plaza, los comandantes Faura y Cassinello (que llegaría más adelante a teniente general), en representación del SECED (lo que más adelante sería el CESID) y dos dirigentes del PSOE, Felipe González y Alfonso Guerra, que estaban en aquellos momentos negociando la legalización de su partido. En la entrevista, «que duró tres horas largas en un ambiente de extrema cordialidad», Felipe González definió «la actitud de su partido» respecto de la política española. Respecto de la concepción del estado, que era lo que más angustiaba a Cassinello, se expresó de tal modo que Peñaranda, que participaba en la reunión, nos dice: «los representantes del SECED nos sentimos reconfortados con tan patriótico e inesperado lenguaje». Un lenguaje que difería por com-

19.- Josep Fontana, *La amenaza del Deep State* en «La Lamentable», enero, 2017.

pleto del que usaban en los manifiestos que se destinaban al público en estos mismos días.

En más de una ocasión, has indicado que eres un militante sin partido ¿Qué hay detrás de esas palabras? ¿Pueden los partidos heredados del pasado ser útiles hoy como instrumentos de lucha para el cambio político o hay que comenzar de nuevo y tratar de encontrar en ese pasado rasgos e ideas para construirlos?

Fue Manolo Sacristán quien, en una carta enviada a un preso del GRAPO poco antes de su muerte, decía de mí «que, como yo está ahora sin partido, por como están los partidos». Ya he explicado antes los motivos de mi decepción. Seguiré votando, por supuesto, aunque sea sólo para oponerme a la derecha más cerril y daré apoyo a cada actuación y a cada movimiento que defienda una causa legítima. Pero pienso que los movimientos que han de enfrentarse a los problemas del presente deberán surgir de una nueva movilización nacida de abajo, de la reivindicación de las necesidades y las aspiraciones de «la gente», reemplazando a los partidos que predicán su doctrina desde arriba y asumen la responsabilidad de dirigir sin preocuparse de garantizar la participación de quienes les siguen. Para eso no hay que mirar al pasado, sino al futuro.

Estudiar el pasado sirve ante todo para entender cómo hemos llegado a donde estamos, pero nos ayuda también a descubrir que había otros caminos posibles que no se siguieron. Me gusta citar aquel texto que Antonio Machado publicó durante la Guerra Civil española: «En realidad, cuando meditamos sobre el pasado, para enterarnos de lo que llevaba dentro, es fácil que encontremos en él un cúmulo de esperanzas —no logradas, pero tampoco fallidas—, un futuro, en suma, objeto legítimo de profecía». Yo cambiaría el final de este texto para decir que el trabajo



Apoiando la candidatura de Guanyem Barcelona en las elecciones municipales de mayo de 2015 (Foto: Carmen Guimerá).

del historiador, buceando en el pasado para averiguar lo que llevaba dentro, le puede conducir a descubrir en él unos futuros posibles, objeto legítimo de esperanza, más que de profecía.

A lo largo de tu trayectoria profesional y desde aquel primer libro de Salvat, *La Historia* (1974) has mostrado siempre una especial preocupación por la enseñanza de la historia en los niveles no universitarios. Y me consta que aun hoy mantienes una relación con el profesorado de la antigua enseñanza media^[20]. También has denunciado los intentos del PP por controlar la memoria y los programas de historia. ¿Cómo ves hoy la enseñanza de la historia? ¿Hemos

20.—En el Institut Jaume Vicens Vives, siendo su director Josep Fontana se creó el «Seminario para profesores de Historia de IES» que desarrolla diversas actividades y también edita el Butlletí de L'IUHVV.

avanzado o estamos en una ya larga fase de retroceso en lo que se refiere al contenido y orientación de los programas?

Tuve este sábado pasado una sesión de seminario con profesores de enseñanza media a quienes me tocó hablar de la destrucción del estado del bienestar. Es un seminario que se fundó hace más de veinticinco años y que todavía sigue. Más que preocuparme por lo que contienen los programas me importa que los profesores enseñen lo que Vilar llamaba «pensar históricamente», porque la historia acaba apareciendo por todo, incluso cuando enseñas matemáticas. Recuerdo que, cuando en los tiempos del franquismo, los estudiantes discutían qué debía contener un programa progresista, yo les decía que no me importaba lo que dijera el programa, que ya me encargaría yo de interpretarlo.

Por último, después de sesenta años de dedicación a la Historia como profesor e historiador ¿qué balance haces del trabajo realizado? y ¿cuál de las facetas de tu trabajo te ha dado más satisfacciones?

Cómo me considero todavía en activo, nunca se me ocurrió hacer balances del pasado. Nunca me he considerado un buen docente, pero me ha sorprendido encontrarme en ocasiones con antiguos alumnos míos que me dicen: «Me acuerdo de aquel día en que nos dijiste...». Yo no lo recuerdo en absoluto, pero me siento orgulloso de haber sembrado una idea, de haber estimulado a alguien a pensar por su cuenta, que es lo que explica que esta idea siga viva en la actualidad. Eso debe ser lo mejor que me ha pasado en este terreno. En cuanto a los libros, no tengo quejas de la difusión que han alcanzado (uno de 1994, Europa ante el espejo, que tenía ya diez traducciones a otras lenguas, me ha dado recientemente la sorpresa de que lo vayan a traducir al ruso y al chino). Más que de mis libros me siento orgulloso de los que he contribuido a difundir, como los de Thompson, y me siento apenado por no haber conseguido que el público se interesase por otros que lo merecían como, por citar tan solo dos ejemplos, los de Ranahit Guha o de Lev Gumilov, el hijo de la gran Anna Ajmátova. Pero todavía me quedan fuerzas para escuchar voces nuevas y ayudar a difundirlas.